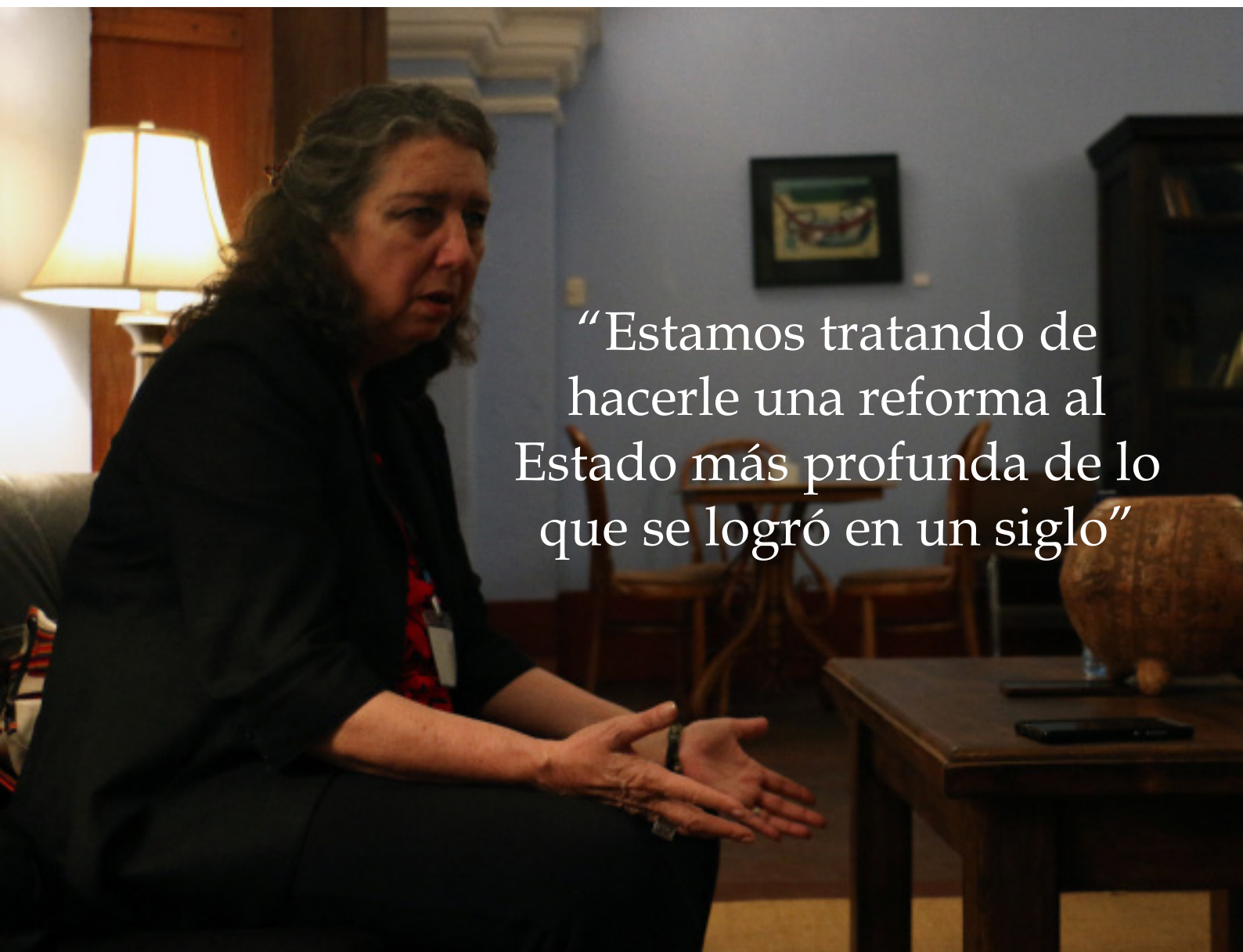


Entrevista a:

Marcela Lagarde



“Estamos tratando de hacerle una reforma al Estado más profunda de lo que se logró en un siglo”

Marcela Lagarde (Ciudad de México, 1948) es un torrente de incorformismo disfrazado con una voz reposada y manos que se mueven como si fuesen hojas desvistiendo el otoño. Es una de las voces más activas y respetadas del feminismo latinoamericano, impulsado y comprendido a través de la antropología –su profesión, pasión y herramienta para asombrarse con el mundo-. Acuñó el término Femicidio en español e investigó los crímenes y violaciones a los derechos humanos de niñas y mujeres en su país hasta tipificarlo como delito e impulsar la Ley de Acceso a las Mujeres a una Vida Libre de Violencia. Algo que pudo lograr al convertirse en política profesional en el año 2003, cuando a través del Partido de la Revolución Democrática (PRD) fue escogida diputada para el Congreso Federal.

Conversamos con ella en el **Centro de Formación para la Cooperación Española en La Antigua Guatemala**, donde participa como docente en el Diplomado de Especialización en Estudios de Género de Fundación Guatemala, que ya acumula XVII ediciones. Las alumnas expresen su presencia con avidez y ella solo puede responder con más y más tiempo; con más y más compromiso.

01

¿Cuáles son los principales retos en materia de igualdad de género y en qué debe enfocarse la agenda feminista en América Latina y Centroamérica?

Un reto muy importante es colocar la política de igualdad como un asunto urgente que debe interesar a todos aquellos con puestos representativos, a quienes dirigen y también a quienes vivimos. Hemos de lograr legitimidad porque la igualdad la asumen ciertas organizaciones e instituciones pero no de manera aglutinadora. Si no logramos unidad seguiremos haciendo pedacitos de política muy desarticulada y seguirá dependiendo de quién gobierna, de qué partido...

En cuanto a la agenda, ésta debe ser la de los derechos humanos, del empoderamiento de las mujeres y de la igualdad entre mujeres y hombres. No son lo mismo, cada una requiere un esfuerzo específico y debe estar implícito en el Estado porque es el Estado el que debe garantizar los derechos humanos. La Agenda de los derechos humanos de las mujeres se trabaja de muchas formas, entre otras desde su empoderamiento. Si hablamos de derechos humanos hablamos de derechos universales y esa es

la pauta que debe marcar las agendas ahora. Anhele que un montón de derechos que yo he tenido no sean un privilegio sino reales para las demás.

Para conseguirlo las instituciones deben cambiar desde dentro: cambiar de manera de pensar, de funcionarios y funcionarias, a quienes deciden los presupuestos y su aplicación... Todos tenemos que cambiar y eso me entusiasma. Tenemos que aprovechar mucho más nuestras redes latinoamericanas e iberoamericanas cuando un país está discutiendo para poder arropar esa causa y ser internacionalista. Debemos ser capaces de aprovechar el mundo global en nuestro favor.

En Guatemala, a pesar de que exista, por ejemplo, un marco legislativo que refleja el acceso de las mujeres a la tierra y los derechos sexuales y reproductivos; parece que las circunstancias reales de las mujeres están lejos de cambiar.

Hay que introducir matices. Se lo digo a mis alumnas, te lo digo a ti y me lo digo a mí. En comparación con el marco legislativo no vemos los cambios que queremos pero sí vemos cambios importantes en las mujeres

Anhele que un montón de derechos que yo he tenido no sean un privilegio sino reales para las demás.



(no en todas). Las leyes no existen porque sí, no llegaron desde arriba; unas las impulsaron organismos internacionales y otras los movimientos de mujeres y feministas que se apropiaron de ellas.

Los avances son relativos y no universales. En un mismo país encuentras mujeres con cierto ejercicio de derechos y oportunidades pero a la par encuentras otras mujeres que no son consideradas para nada: sin derechos, sin oportunidades y explotadas. Eso pasa en todos los países. Las feministas y aquellos movimientos democratizadores de hombres y mujeres no necesariamente identificados como feministas pero que nos apoyan, nos hemos colado por fisuras. Estamos tratando de hacerle una reforma al Estado más profunda de lo que ya se logró en un siglo. Logramos la educación para las mujeres, la mixta, pero no la coeducación. Se logró la salud integral para las mujeres pero necesitamos que sea para todas.

No nos hemos planteado dinamitar al Estado, no ha sido una perspectiva mayoritaria nunca. La perspectiva es reformista, liberal, avanzada y democrática... pero no rupturista. En América Latina es frecuente encontrar muchas mujeres antiestado, anti-instituciones, antijurídicas... Y es lógico porque las leyes no las benefician, las instituciones las violentan, discriminan y excluyen así que identifican el Estado como algo homogéneo que no cam-

biará si no se cambia radicalmente de sociedad. El feminismo actual plantea que se puede avanzar en este mundo a base de reformas sustantivas.

Hace unos años se incluyeron en los Objetivos del Milenio la disminución de la pobreza de las mujeres, todos los objetivos se referían a la disminución y no se lograron. Los Objetivos de Desarrollo Sostenible tienen un componente de ver cómo repercuten unos en otros para ver si así se puede enfrentar.

Estamos tratando de hacerle una reforma al Estado más profunda de lo que ya se logró en un siglo. Logramos la educación mixta, pero no la coeducación; la salud integral para las mujeres, pero necesitamos que sea para todas.

¿El sistema patriarcal está intacto o se ha abierto brecha?

Hay muchas ideologías en torno a las mujeres y hombres, pero nosotras tratamos de impulsar una visión distinta de la hegemónica, que es muy patriarcal. El hecho de que las mujeres no tengamos plenos derechos en América Latina te dice dónde estamos, ¿no?

En Iberoamérica, los estereotipos que hay sobre la mujer son nefastos. Seguimos viviendo con estereotipos cosificadores de las mujeres, hoy eso se reclama como una libertad de expresión. Hace poco veíamos un video donde había mujeres completamente cubier-

Seguimos viviendo con estereotipos cosificadores de las mujeres, hoy eso se reclama como una libertad de expresión. Se construye una visión de la mujer como objeto sexual, de trabajo, de apoyo a los demás pero no como autónomas y respetables.



tas y otras en mismo número con un tanga de hilo dental, se trata de lo mismo. Se construye una visión de la mujer como objeto sexual, de trabajo, de apoyo a los demás pero no como autónomas y respetables. En América Latina, la violencia hacia la mujer está desbordada, naturalizada y es creciente. Hace tres años, durante la primavera árabe en Egipto hubo mujeres atacadas, acusadas, violentadas y violadas después de los mítines y... estaban en una propuesta democrática. Hace poco, en Colonia también hubo una gran cantidad de mujeres violadas. Es muy fuerte.

En el mundo occidental ha habido cambios muy importantes, en positivo y a favor del desarrollo de las mujeres pero limitado y dentro del esquema patriarcal. El método ha sido ir corroyendo al patriarcado, no sé si es el más acertado pero es el que hemos seguido.

Todas las iglesias contemporáneas son fundamentalistas en relación con las mujeres y siguen manteniendo la condición de un ser supeditado al jefe de familia del clan. La mayor parte de la gente vive así, sufriendo y con contradicciones enormes, separaciones, distanciamientos, conflictos familiares... Muchos problemas mantienen como origen la desigualdad y la supremacía e impunidad con que actúan los hombres. Hay impunidad en la sociedad y también en la justicia... Son problemas que hay que solucionar por separado y concatenadamente. El sistema de justicia debe democratizarse para ser eficaz, por ejemplo.

Hubo una época en México de gran impulso legislativo para lograr la equidad de género. Entonces, muchas personas procedentes de la sociedad civil estuvieron involucradas en aquel proceso, incluida tú, como diputada. ¿Debería el rol de la sociedad civil trascender y potenciarse más allá del control, revisión y monitoreo de los poderes públicos?

En los cambios políticos interviene cada vez más gente que no es la movilizadora a la que estamos acostumbrados. Intervienen también académicos y académicas que tienen los instrumentos metodológicos y teóricos para unir política y academia. Pasó en los acuerdos de paz en Guatemala y también en Colombia. Es un lujo porque la ciencia es útil. Cada cambio revolucionario impulsado por feministas ha estado inmerso en cambios educativos, con una visión intelectual del mundo porque no habría feminismo sin conocimiento ilustrado. Tenemos que impulsar mucho más que las lideresas feministas tengan más incidencia en los congresos, en los Estados...

Yo toda mi vida he hecho política como una ciudadana comprometida pero nunca tuve en la cabeza ser diputada. Acabé siéndolo y me encantó. El tema con que comencé a hacer política fue la violencia contra las mujeres y niñas en Ciudad Juárez y a continuación lo investigué en todo el país por igual: está echado a perder. Haces política con un tema muy

duro y has de hacerla enfrentando a gobernadores, procuradores, alcaldes y policías misóginos, machistas y que te dan miedo. Pero el movimiento feminista me apoyó. O yo me apoyé en él. O como soy feminista nos encontramos. Procuré actuar siempre de manera muy participativa, lo hice como yo hubiera querido que nos trataran y fue formidable. Hicimos multitud de foros y organizaciones de todo el país vinieron al Congreso varias veces. Allí debatíamos sobre políticas públicas, qué debería contener una legislación... Eso me dio mucha fuerza. Cuando me subía a la tribuna no hablaba en mi nombre, decía: "Nosotras..." y era un nosotras que todo el mundo reconocía. En la cultura de los movimientos civiles mexicanos están muy presentes las huelgas, los plantones, pero nosotras no hicimos ese tipo de actuaciones porque queríamos decir: "No solo identificamos el problema sino que os vamos a decir cómo se resuelve porque sabemos cómo hacerlo". Lo hicimos convencidas y seguimos convencidas. Estamos organizadas en diferentes redes: los observatorios del feminicidio, la red de investigadores por la vida y la muerte de las mujeres, la red de científicas sociales y de las ciencias exactas de todas las universidades...

Tenías el arropo de organizaciones civiles feministas, un plan y herramientas pero, ¿cómo se logra impulsar políticas y hacer que sean sostenibles teniendo enfrente a grupos no tan progresistas?

En México vivimos un proceso. Primero hicimos una gran investigación nacional: un diagnóstico sobre violencia feminicida que nunca antes se había hecho. A continuación hicimos la Ley de Acceso a las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, que fue un éxito y se aprobó por unanimidad. ¿Cómo lo logramos? Pactando. Me volví experta en pactos porque, ¿cómo se pacta con quienes se están matando? Sentía que en el Congreso casi nadie se hablaba. Nuestra estrategia fue de búsqueda y aproximación hacia las mujeres a quienes nos fuimos acercando primero hablando de zapatos y después compartiendo un café. Finalmente, nos aliamos un grupo muy pequeño de todos los partidos políticos y cada una se hizo cargo de convencer a su partido. Yo tuve que convencer al líder del partido de

la derecha. El último pacto que se hizo fue para consensuar el nombre de la Ley porque, ¿cómo iba a haber una ley para las mujeres? También quitamos cosas porque tienes que aprender que si negocias pierdes y si no negocias no sale nada.

Después, se incorporaron leyes a los estados. En tres años se legisló en 31, algunos con situaciones políticas adversas: la derecha y la iglesia en muchos estados estaba y está muy asentada.

Luego llegó otra etapa en la que nos dimos cuenta de que instituciones no cambiaban. Y ese es el drama, porque esta ley contiene una política de estado para enfrentar la violencia, pero si las instituciones no cambian... Tal y como se ha hecho en España, hemos educado a jueces, juezas y magistrados. Hemos recorrido y seguimos recorriendo todo el país reeducando a las personas en la perspectiva de género porque de otra manera no la entienden. Lamentablemente hay mucha simulación por parte de las instituciones: simulan que cambian, que hacen eventos, que se hacen políticas públicas... En algunos lugares sí se avanza, en aquellos donde hay más tradición democrática y respeto a las mujeres. Se avanza donde hay feministas en los poderes.

No obstante no avanzaremos más ni erradicaremos la violencia si no cambia el modelo de desarrollo económico y social y enfrentamos la brutal desigualdad, porque este modelo produce violencia. Necesitamos otro tipo de gobierno. Yo trabajo muy de cerca con el Instituto Nacional de las Mujeres y con el de la Ciudad de México, uno lo gobierna el PRI y otro la izquierda. Yo anhele un país gobernado por la izquierda plural, abierta y democrática que incluya estructuralmente el feminismo como parte del proyecto de su país. Mientras tanto... habrá avances, pero serán fragmentos.

Lamentablemente, hay mucha simulación por parte de las instituciones: simulan que cambian, que hacen eventos, que se hacen políticas públicas.

4 años lleva aprobada la **Ley de Aborto**

Alrededor de **230.000 operaciones seguras** se han practicado

9% - 11% de mujeres decidieron continuar con su embarazo

En la Ciudad de México, después de diferentes sondeos participativos, se aprobó el derecho al aborto en las 12 primeras semanas; no existe objeción de conciencia porque se asume que es una política de estado y por tanto el Gobierno siempre ha de garantizar que haya médicos dispuestos a practicar la operación. En otros Estados, la respuesta a la Ley del Aborto fue legislar tomando como referente el derecho a la vida desde la concepción. México está partido en dos.

05

¿Están las instituciones centroamericanas preparadas para impulsar y lograr la sostenibilidad de políticas públicas de equidad de género?

En Centroamérica hay una enorme desigualdad. No obstante, después de legislar en México se desencadenó un proceso y una discusión que derivó en la aprobación de leyes para enfrentar la violencia en casi todos los países de América Latina. Eso significa que existe la necesidad de acabar con esa desigualdad. ¿Sucederá como en México? Si no cambian las instituciones es imposible aprobar leyes tan avanzadas. Se requiere que jueces y juezas hagan justicia con perspectiva de género. En América Latina continúan dándose movimientos sociales para sostener leyes y exigir políticas acordes. Ese es nuestro capital político. Sin embargo, en algunos casos la sociedad civil se encarga de tareas del Estado: reparten anticonceptivos, hacen educación sexual y reproductiva en las escuelas... y no es responsabilidad de ellas. Tenemos que ir creando todo el cuerpo legislativo que garantice los derechos humanos de las mujeres; quizás con leyes generales, quizás parciales, según el país. Me encantaría que así fuera, no obstante, auguro que la vía legal, jurídico – democrática y formativa va a continuar.

El continente cuenta con una inusual capacidad de visibilizar movimientos sociales diversos y se generan confluencias significativas como la de feminismo y pueblos indígenas. En ocasiones has señalado la triple opresión a la que se ven sometidas las mujeres indígenas: la opresión genérica, la opre-

sión clasista y la opresión étnica. ¿Los movimientos sociales, como expresión de sensibilidades colectivas, son receptivos a esa realidad o reproducen ese trinomio de una sociedad con la que supuestamente discrepa?

En Guatemala se llegó a los acuerdos de paz con una confluencia de organizaciones muy diversas, muy plurales e incluso opuestas que hicieron un gran esfuerzo por firmar la paz y eliminar las condiciones de guerra. A mí me tocó trabajar con compañeras que venían a formarse y aprender porque llevaban 20 años sin entender cómo había cambiado el mundo. Eran mujeres de todo tipo. Sin embargo, los movimientos civiles en general siguen siendo machistas y misóginos, y no se ha hecho un análisis profundo y crítico sobre ello. Hace años, los sindicatos no aceptaban que se hablase de perspectiva de género en las relaciones laborales y contratos colectivos... Hoy, se ha creado un premio de derechos humanos para mujeres que hacemos aportes –que recientemente he recibido en Valencia-. En política, por ejemplo, las famosas cuotas de participación han levantado ampollas pero es una mínima acción de justicia para lograr la participación de quienes nunca iban a llegar y evitar que la situación continuara igual por inercia.

El pasado mes de febrero, la antropóloga Aura Cumes criticó en el encuentro centroamericano “Entre Nos-Otras: Feministas y feminismos hoy” que las mujeres indígenas no tuvieran el espacio suficiente en las instituciones académicas como para incorporar conocimiento desde sus saberes.



En países como Guatemala se opone de forma binaria el conocimiento de la ciencia y el ancestral, como si el primero no fuese tan bueno como el segundo. Y... hay que trabajar con eso. Son lenguajes y discursos que no pueden dialogar porque están basados en principios diferentes: la razón y la fe. No obstante, las mujeres indígenas están teniendo un proceso de participación importante en las universidades. En Oaxaca existe un Diplomado Internacional de Estudios de las Mujeres, Feminismos y Descolonización. Eso es lo interesante, porque esas mujeres fueron rompiendo barreras de discriminación y estableciendo diálogos individuales con las profesoras. Para cualquier mujer, llegar a la universidad implica salir del mundo premoderno y familiar. Un mundo religioso y conservador. Estudiar es un proyecto de vida que no implica casarte y tener hijos y eso rompe con lo hegemónico; si añades a esa circunstancia ser indígena la discriminación es terrible. En México y Guatemala eso es diferente. En Guatemala la discriminación étnica es tan fuerte que las personas indígenas se mantienen como tal, y eso que les encanta a los turistas de ver a las mujeres vestidas con el traje tradicional es exclusión. En México se desindigenizan para incorporarse al mundo de los estudios y al trabajo: cambian sus costumbres, se desidentifican y dejan de ser indígenas.

Hace años comenzaba los diplomados preguntando, ¿quiénes son indígenas? Nadie. ¿Quiénes tienen algún abuelo o abuela que hablara un idioma prehispánico? Unas pocas. ¿Quiénes viene de comunidades indígenas, rurales, campesinas? Más. Eso es un cuadro de asimilación brutal y de pérdida de la identidad y condición étnica. Esas mujeres perdieron el idioma, la indumentaria... En México el movimiento zapatista planteó el tema del orgullo étnico. Alrededor de 14 millones de personas tiene origen étnico pero no tenían discurso... y salvo pequeños movimientos a quienes nadie hacía caso, no existían.

Cuando yo comencé como feminista y antropóloga, nosotras hablábamos por las indígenas. Si las invitábamos nos miraban con cara de: "ese no es nuestro lugar, no nos agreden, lárguense". Poco a poco, fuimos logrando un diálogo y un acercamiento y ellas se fueron empoderando. No te voy a decir miles, pero ya existe una masa crítica, una intelectualidad y unos liderazgos reconocidos que van a dar muchos beneficios ●